

Uno de mis discípulos apellidado Olivera, habia tenido la misma ventaja que el anterior enfermo; una alimentacion imprudente por exceso le produjo una indigestion; el tifo volvió con toda fuerza y la muerte fué el desenlace desgraciado. El hermano del Sr. Sarmiento, Administrador de la hacienda de beneficencia del Sr. L. Castro (Santa Gertrudis Talca), en Oaxaca, habia caminado desde el pueblo de Tlacolula, dos dias, por montañas, ya afectado del tifo: al llegar á la hacienda desarrolló con toda fuerza esta enfermedad; mil sacrificios y desvelos me costó su restablecimiento: la inteligencia volvió; el cuadro general de apetito, palabra, etc., fué muy satisfactorio todo un dia; en la noche yo me retiré á mi habitacion, no teniendo necesidad de estar cerca de él en tan satisfactorio estado; los criados se descuidaron dejándolo solo durante media hora; se presentó el deseo de evacuar y orinar con alguna exigencia; se levantó, y no pudiendo encontrar la bacinilla, tuvo sus desahogos parado; los criados volvieron y lo asearon con agua fria: la traspiracion se cortó; el veneno volvió á su antiguo curso espantoso; en vano empleé dos dias de supremos esfuerzos en busca de un alivio; mi tifóideo murió víctima de una imprudencia de los mozos que lo abandonaron.

Estos acontecimientos hacen cauto al médico en sus atenciones y manejo. Mucho habria que decir todavia sobre esta terrible enfermedad, pero creo más prudente no continuar, sino terminar esta lectura añadiendo un pequeño y mal delineado modelo que aclara el proyecto de desinfeccion de habitaciones que he tenido la honra de proponer en este escrito.*

México, Enero 19 de 1881.

MANUEL ORTEGA REYES.



FILOSOFÍA MÉDICA.



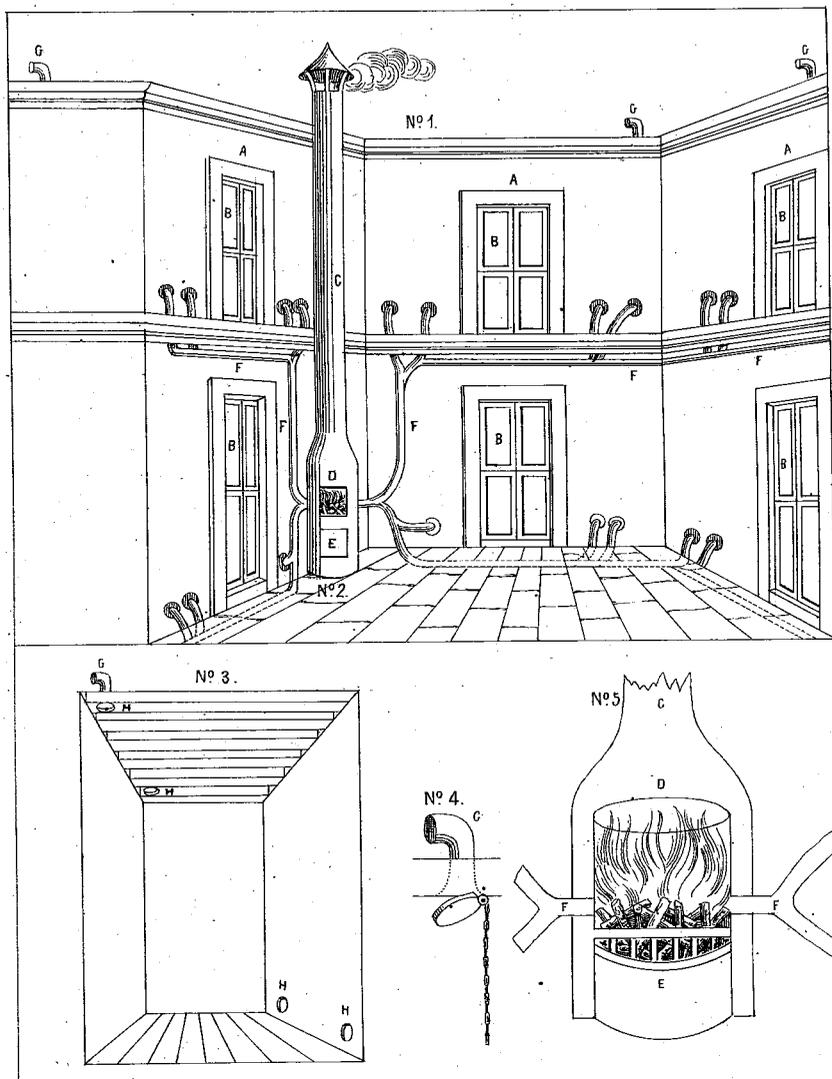
IMPORTANCIA DE LA SALUD.

Mens sana in corpore sano.

La salud es la fuente de la belleza y de la dicha; la integridad de los aparatos y de las funciones trae como consecuencia necesaria, la lozania y el vigor del organismo; y organismo de esa suerte, tiene la verdadera belleza, la belleza fisiológica, y es terreno feraz donde se implanta y prospera la paz, el gusto y la tranquilidad.

En un organismo sano, no auida cómodamente la afliccion ni se alberga con

* RECTIFICACION.—En la entrega anterior, pág. 216, lín. 4^a, dice: á comer al hombre, debe decir: *á comer el hambre.*



LIT. DE MURGUA

EXPLICACION DEL APARATO DESINFECTANTE.

- Nº 1. Edificio que se ha de desinfectar, (vista del patio).—A, Salones.—B, puertas cerradas.
 Nº 2. Horno de desinfeccion.—C, Chimenea.—D, Hogar.—E, Cenicero.
 —F, Tubos de succion del aire.—G, Tubos de entrada del aire nuevo.
 Nº 3. Sala con el abocamiento interior de los tubos, H.
 Nº 4. Aplicacion del tubo del aire nuevo y su válvula.
 Nº 5. Horno cortado verticalmente para verse sus partes componentes con mas claridad.

facilidad el sufrimiento; por grande que sea el esfuerzo que se haga para retener, siquiera por el tiempo que la sociedad reclama, un dolor advenedizo, siempre se le verá sobrepuesto, extraño, como dislocado, ahuyentándose cuando el sueño llega á los párpados, despidiéndose cuando se hace sentir el apetito, y desapareciendo cuando impera el placer de cumplir las necesidades fisiológicas; parece que hasta el ritmo ordinario de la vida, hasta la secuela del dinamismo normal, en su fuerza centrífuga ó excéntrica, lo desechan como una excrecion, lo expelen como un estorbo y lo despiden como á huésped importuno.

Hay disgustos y penalidades, sin embargo, necesarias á la vida, y por tanto útiles á la existencia; la voluptuosidad daña, es febril y delirante; desgracias y pesares son inherentes, son propios á la vida, y la vida con su cortejo peculiar de sufrimientos, es la vida-tipo, la vida normal; ella afirma los órganos, anima las funciones, ejercita el valor, destruye la monotonía y tiembla el alma. No son felices los que se repantigan en delicias, sino los que serenos en el campo de la vida, han enraizado á pesar de las tempestades, han endurecido contra la desgracia y se burlan de los embates de la fatalidad. Y además, no hay idea posible de gozo cuando no la hay de pesar; éste y aquel son correlativos; de ambos se forma la dicha; el dolor moja al hombre en aguas de la Estigia para volverlo invulnerable; la pena eleva y el placer solo degrada; las razas sufridas y laboriosas están destinadas á absorber á las demás; el solo placer roe el vigor del espíritu y trae la apoplejía del bienestar, que no es la dicha, porque no corresponde á la salud. Quizá por eso Moisés tenía inconquistado á Jericó á las goteras de la tierra prometida; quizá por eso Pascal opinaba que la enfermedad es escuela de virtud y fuerza de ánimo; quizá por eso San Bernardo puso en Clairvaux un monasterio en donde los monjes de su regla lucharan siempre para ganar el porvenir.

Es fuerza que la vida tenga sus pesares propios como el mundo sus cataclismos, sus estaciones y sus fenómenos; y no se podría decir que aquellos eran un mal ó constituían una enfermedad, como no puede decirse que sean un ataque á la existencia de nuestro globo, una niebla, un frio glacial ó un huracan.

Pero hay disgustos y padecimientos, hay malas y bajas pasiones, hay afectos apasionados viciosos, que cuando ménos desde cierta intensidad no son de los que se tejen en la trama ordinaria de la vida: ahora bien, de ellos si podemos guarecernos, contra ellos si podrémos blindarnos, porque para embotar sus tiros tenemos la salud. El terror y el miedo, el odio y la envidia, la melancolía y la cólera, la crueldad y el despecho y hasta el amor-locura, el amor frenesí, son impropios de organismos fisiológicos; casi siempre los afectan de un modo efímero ó se fingen, porque así lo exige la oportunidad social; pasan sin conturbar la vida, ó quizá hasta podándola como sucedía con la esposa del Emperador Paleólogo II, pero en general no caben en individuos que profesan culto á las severas prescripciones de las higienes del espíritu y del cuerpo.

El Duque de Epernon que chupaba con delicia la sangre de los niños, el Condestable de Montmorency que entre cuenta y cuenta de su rosario mandaba ahorcar centenares de inocentes, el Mariscal Stossi que ahogó en un juéves Santo á 800 infelices, el Baron de Adrets que obligaba á sus víctimas á precipitarse de un torreón, Luis XI implorando á una imágen de la Virgen que pendia de su cuello para cometer nuevos homicidios, y Catarina de Médicis al invocar á la Divinidad para reiterar sus delitos, no estaban sanos; alguno de sus órganos, tal vez el estómago ó quizá el cerebro que siempre se disputan la supremacia del organismo del hombre, estaba afectado; ni podrian concebirse tan terribles rasgos biográficos sin una explicacion que los razonara. Además, y á juzgar por la historia, excitaciones enfermizas encendieron la crueldad en Tiberio y Caligula, en Cárlos IX y Felipe II, en Pedro de Castilla y Enrique VIII; la salud de esos tiranos estaba minada; sus vísceras eran empapadas con sangre impura y morbosa; muy al contrario que en Solon y Agesilao, en Caton y Metelo, en Washington y Adams, en Newton y Buffon, en Voltaire y Victor Hugo, octogenarios ilustres, patriarcas de los siglos, llenos de salud y por tanto de moralidad y de dicha.

Y los pesares y gustos y pasiones extrañas enérgicas, necesitan serlo demasiado, ser verdaderamente terribles, simounes que conmueven hasta su asiento los resortes de la vida, para poder herir y aún fulminar organismos sanos. Para que mate el dolor, es necesario que sea tan grande como el que sintió Aimesi de Belenwey cuando supo que Barbosa su amada habia profesado en vida monástica, ó tan inmenso como el que extinguió á Cárlos IX despues de la pérdida de su última batalla; para que el miedo asesine, debe ser tan profundo como el que acabó con el Marqués de Luvois cuando previera que iba á caer en desgracia, ó tan terrible como el que posesionó á Cárlos V al presenciar sus funerales; para que la vergüenza sidere, es forzoso que sea la magnitud de la que sufrió Diódoro, mudo ante las preguntas de Stilbon, ó tan intensa como la que sintiera el Duque de Nevers ante el reproche de Enrique IV; para que el gozo mate, es urgente que se sienta como lo experimentó Diagoras al ver coronados á sus tres hijos, ó como el que llenó el corazón de Leon X sabiendo desgracias de sus enemigos; para que la tristeza fulmine, es preciso que sea como la de Margarita de Escocia cuando se sospechó de su virtud, ó como la de Luis de Borbon cuando viera las cenizas de su padre el Duque de Montpensier; para que el amor origine la muerte, debe ser sublime como el de Antioco, como el de Pérdicas, como el de Guillermo de la Tour, ó irresistible como el de Saffo, como el de Eloisa, como el de Santa Teresa.

Pero fuera de casos como los relatados, tan notables por raros, y que se explican por la vehemencia poco comun de los impetus que los dirigieran, en las circunstancias comunes, no hacen firme presa en organismos sanos ni los dolores, ni los pesares, ni los goces frutivos, ni las pasiones ardientes. Los días

de los que tienen salud se deslizan tranquilos y hasta donde es posible pacíficos, gozando en satisfacer las necesidades orgánicas y volando á las puras idealidades del espíritu.

La salud, es pues, importantísima para el individuo, y lo es por razon natural para la familia de que el individuo es un fragmento; es importante para la familia, y lo es por tanto para la sociedad de que la familia es una partícula. El que quiera encontrar la razon de las reyertas y disturbios conyugales, el por qué del naufragio de la paz doméstica, busque los factores en la salud de los esposos, interrogue si puede su organizacion; verá entónces viciosas aptitudes hijas de excitaciones morbíficas, que inclinan á malos héchos, verá pequeños disgustos que agriándose, que fermentándose producen mal genio, mala voluntad é impertinente interpretacion. Y entiéndase que hablo solo de los disgustos que origina la vida conyugal por sí misma, no de otros cuyas causas sólo pueden apreciar los interesados. Y ¿cómo ha de tener paz ni gusto el que sufre normalmente; y cómo dar gusto el que no-lo tiene? Y ¿cómo tener paz el que presencia las torturas de prójimo tan próximo; y cómo dar almibar cuando siempre se recibe hiel? Entónces, solo la religion, una creencia cualquiera, la abnegacion en fin, el sufrimiento, es el que puede conservar una sociedad indisoluble, y por tanto terrible.

El que intente saber por qué los pueblos son indomables ó feroces, pusilánimes ó criminales, busque el estado de salud de las masas; es allí donde reside el secreto del modo moral de sér de las naciones. Los hombres del Norte, sóbrios, vigorosos, llenos de salud, progresan, gozan de la vida, se multiplican y hasta marchan á la muerte con su frente erguida, impávidos y entusiastas; los de los trópicos, enfermizos, calenturientos, medrosos, ignoran hasta la manera de sufrir, y por tanto de gozar; es preciso que galvanicen su imaginacion para creer en lo que no sienten y para sentir lo que no ven.

Para decirlo de una vez: solo el que goza de salud pasa la vida normal: solo el que vive sano cumple con el último fin del hombre: vivir, ser feliz, y morir.

México, Mayo 18 de 1880.

FERNANDO MALANCO.

CRONICA MEDICA.

Se ha publicado lo siguiente:

«Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernacion.—Seccion 1.^a—Consejo Superior de Salubridad.—México.

INSPECCION DE BEBIDAS Y COMESTIBLES.

Antes de dar cuenta del resultado de las visitas generales practicadas el mes actual á los establecimientos de comestibles, conforme á lo dispuesto en el ar-